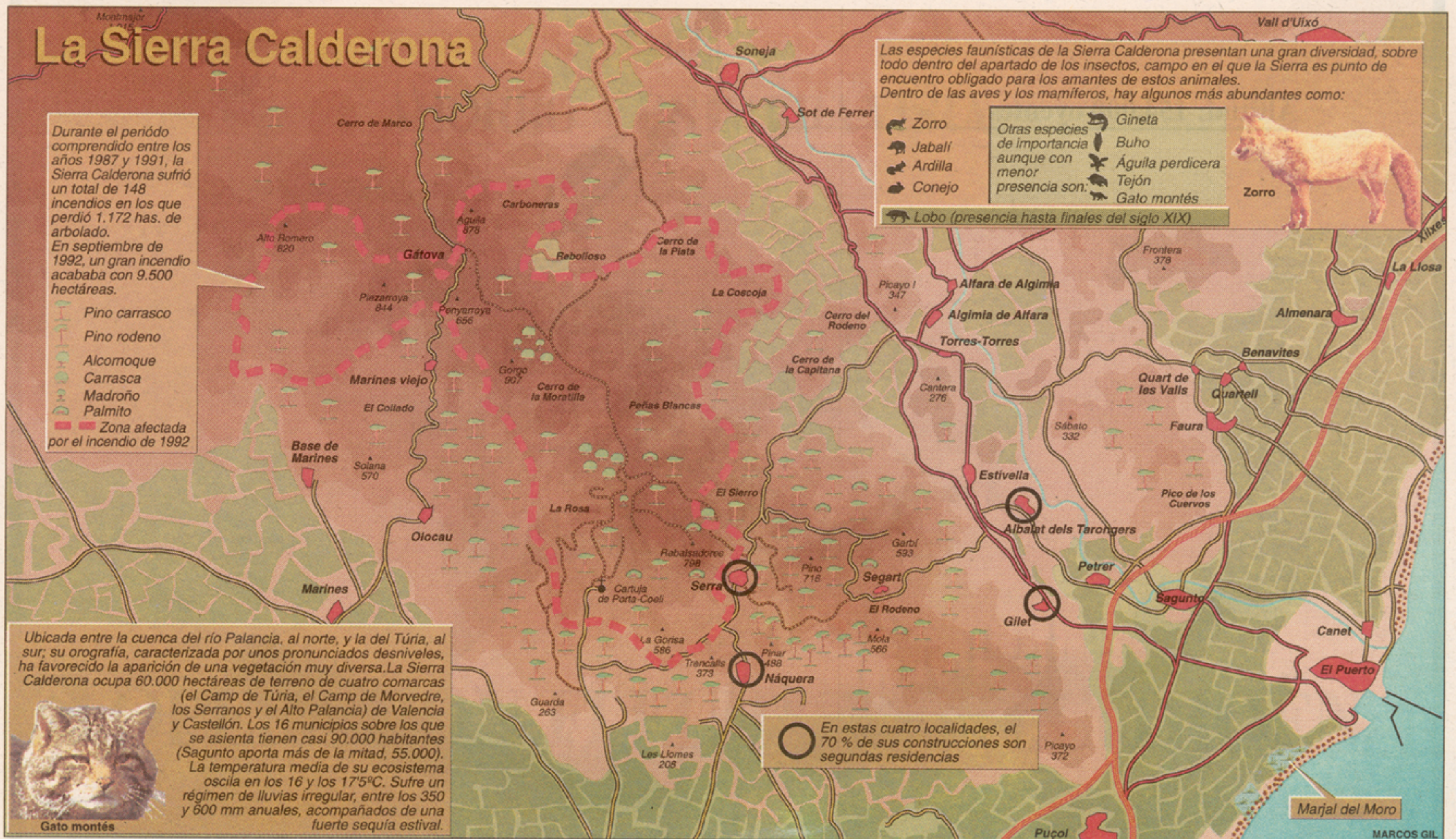


EL CAMP DE TÚRIA



El ecosistema recayente en el Camp de Túria es, pese a los incendios, un espacio de alto valor ecológico

La Calderona renace de sus cenizas

SALVADOR MAROTO

LLIRIA

Los miembros de las entidades cívicas, las asociaciones ecologistas y los ayuntamientos de los municipios del Camp de Túria cuyos términos tocan algunas zonas de la Calderona son cautamente optimistas respecto al futuro del paraje. Los científicos, aunque de manera prudente, también. «Si bien la sierra parece mostrar en general un alto grado de perturbaciones (sequías, incendios, aprovechamiento de la madera, acción humana, etc.), que sin duda han ejercido un efecto reductor sobre las poblaciones de pequeños mamíferos, los, hasta ahora, resultados parasitológicos muestran una riqueza cualitativa que nos lleva a pensar que la sierra aún conserva una serie de puntos o reductos de un muy alto valor ecológico.» La conclusión de este trabajo de un equipo del departamento de parasitología de la Facultad de Farmacia de la Universitat de València, equipo compuesto por Màrius Fuentes y Ana Cerezuela y dirigido por María Teresa Galán, apunta que ni los desastres naturales que históricamente vienen devastando la sierra Calderona han conseguido, al menos totalmente, privar a este ecosistema de gran parte de su inmenso atractivo.



Serra disfruta de algunas de las mejores vistas de la Calderona.

CARLOS GASCO

reas, encendió la alarma en un ecosistema de enorme valor ecológico —definido «como uno de los enclaves naturales más valiosos de la Comunidad Valenciana» por un estudio de la, aún entonces, Conselleria de Medio Ambiente—, notablemente dañado en un mes trágico para todas las masas forestales valencianas.

No obstante, el fuego no ha afectado de manera irreversible el paraje. Pese a que su amenaza aún es latente, la zona se está regenerando a buen ritmo, especialmente en su parte más valiosa, incluida en su mayor parte en la comarca del Camp de Túria y marcada por un eje que va desde Gátova hasta Náquera pasando

por Marines, Olocau y Serra. Antoni Marzo, biólogo, técnico de la ahora Conselleria de Agricultura y Medio Ambiente y miembro de la sección de ecología del Institut d'Estudis Comarcals del Camp de Túria (Ideco), cree que la sierra, «aún gravemente dañada, sigue conservando gran parte de su atractivo, que en mi opinión viene

marcada por su enorme diversidad vegetal».

La distinta manera en que los vientos, y por lo tanto las lluvias, afectan a la sierra, la evolución geológica del suelo y la diferente incidencia de la acción humana en la zona, mientras algunas partidas han sido secularmente explotadas agrícolamente otras han permanecido relativamente guardadas de las incursiones del hombre, han conformado un ecosistema marcado por la coexistencia de bosques —así calificados al menos hasta septiembre de 1992— de varias especies que conviven sin apenas discontinuidad. El pino blanco, típico del área mediterránea y actual dominador del paisaje, ha compartido el terreno con el alcornoque o las encinas desde tiempos inmemoriales. Todo ello aderezado «con zonas de matorral o sotobosque en las que se instalan especies como el madroño, el lentisco o el mirto, y otras menos evolucionadas como las jaras o los romeros», dice Marzo.

La diversidad vegetal de una zona marcada por los suelos silíceos (los más característicos, con los de la sierra de Espadán, de la Comunidad Valenciana), valles encajonados y abruptos escarpes condicionan también la existencia de una fauna, así mismo, diversa. Rapaces como el gavilán, el azor o el búho chico sobrevuelan una zona que podrían frecuentar unos pocos ejemplares de águila perdicera, especie de la que según los últimos censos no quedan más de setecientas parejas en toda la península ibérica.

Màrius Fuentes, miembro del Ideco del Camp de Túria y gran conocedor de la zona de la Calderona recayente en esa comarca, es tan optimista como prudente respecto al futuro de la sierra. «El gran deterioro medioambiental que sufre puede ser parcialmente enmendado, pero eso pasa ineludiblemente por extremar el cuidado y conservación» de esta joya de la naturaleza valenciana.

El zorro sobrevive al gato montés

S. M. LLIRIA

Nombres como el del Barranc del Llop y otros similares localizan algunas partes de la sierra Calderona y prueban de forma inequívoca que este animal, el lobo, fue un elemento más del paisaje en su día. Pero de eso hace ya casi un siglo. La persecución que el lobo ha sufrido en la península ibérica, junto con la residual actividad ganadera de la sierra, entre el ganado ganaba sus presas este depredador, acabaron con el lobo hace ya casi un siglo. Afortunadamente, otras especies han soportado mejor los avatares del tiempo: el zorro ha conseguido adaptarse a los condicionantes de cada época y sobrevive sin demasiados

problemas, gracias sobre todo a la comida que consigue en los vertederos —muchos de ellos incontrolados— de la sierra. El jabalí también sigue vagando por las montañas con más vegetación de la Calderona.

Menos suerte han tenido roedores como el lirón careto o la musaraña, cuya población sigue en regresión, al igual que la del tejón. Así mismo, según Fuentes, el tradicional gato montés está siendo diezmado por la proliferación de segundas residencias en localidades como Serra, Náquera o Lliria, cerca de las áreas en las que se desenvolvía. La consecuente aparición en la zona de multitud de ejemplares del felino más común, el doméstico, está adocenando, sino acabando, con la especie.